

«MEMORIAS», por don *Alejandro Lira L.*

Uno de nuestros más esclarecidos hombres públicos, don Alejandro Lira Lira, ha puesto en circulación recientemente su obra «Memorias», que bien puede calificarse de galardón de la literatura chilena. Un doble encanto realza su mérito: la belleza delicada de su expresión literaria y la nobleza inspiradora de su contenido.

En «Memorias» ha concentrado el señor Lira su autobiografía, admirable por los ideales superiores que han regido su vida en sus múltiples actuaciones. Al presenciar el desfile de sus actividades, desde estudiante hasta el desempeño de los más altos cargos de la Administración Pública, setimos la irradiación de una personalidad iluminada por los más orientadores conceptos de responsabilidad, rectitud, anhelo de servicio, consagración a la patria.

Y es un atractivo más la exposición de su contacto con personajes del pasado, a quienes debió prestar su cooperación y cuyos nombres resuenan con el ascendiente de sus dones de grandes ciudadanos: los señores Carlos Walker Martínez, José Tocornal, Germán Riesco, Pedro Montt y muchos otros. Presenciamos el renacer de otra época que, por su valor cívico, nos enorgullece y que debe estimular, con sus vibraciones morales, a las generaciones que hoy como ayer deben laborar por el venturoso crecimiento de Chile.

Al penetrar en sus «Memorias» sorprende la vitalidad del señor Lira, que, en el descorrer de su existencia, ha desplegado incesante energía en las sucesivas actividades que ha debido afrontar como abogado, profesor, político, orador, Ministro de Estado, diplomático, miembro de numerosas instituciones. Y no menos impresión causa su brillante lucidez intelectual, su vasta preparación cultural, su armoniosa y serena actitud en sus relaciones sociales.

En la extensa esfera de acción del señor Lira, despejando sendas favorables para el porvenir nacional, hay dos hechos de trascendental importancia que deben mencionarse.

1) Es el primero su participación como Ministro de Relaciones Exteriores en un acontecimiento de honda significación en la historia de las naciones latinoamericanas: la firma del Tratado de Amistad entre las Repúblicas de Argentina, Brasil y Chile. Este acto solemne, verificado en Buenos Aires el 25 de mayo de 1915 y bajo la presidencia de don Alejandro Lira, fué la coronación de las gestiones realizadas en Santiago por los Ministros de Relaciones Exteriores de Argentina, Brasil y Chile. El Tratado, firmado primeramente por los Ministros que lo habían redactado, y aprobado después por los Gobiernos de Brasil y Chile (no el de Argentina) repercutió como el surgir de un efectivo americanismo de paz, de cooperación, de fe en el porvenir de este continente.

Limitado entonces a los tres países signatarios, puede asegurarse que su esencia se ha difundido, arraigando en las naciones de América la aseveración que el señor Lira, uno de los autores del Tratado, enunciara entonces como revelación de su sentir americano y humano: «Todo nos une y nada nos separa».

2) Es el segundo su intervención exitosa para solucionar el prolongado diferendo entre Chile y Perú sobre la posesión de Tacna y Arica. Ello ocurrió en La Habana, a donde había ido el señor Lira como presidente de la delegación chilena que participaba en la Sexta Conferencia Interamericana (1928) y donde tuvo intercambio de opiniones con el delegado peruano, señor Maúrtua, hasta que logró obtener de él la aceptación de su fórmula de dividir esa zona: Tacna para el Perú y Arica para Chile, excluyendo por consiguiente, la idea de recurrir al plebiscito. Los Gobiernos de ambos países acogieron esta solución que fué confirmada por el Tratado de 17 de mayo de 1929. Ello significó el arreglo definitivo del conflicto peruano-

chileno y la reanudación de cordial amistad de los dos países que los años han venido estrechando con el más sincero afecto.

Con toda justicia se le tributaron al señor Lira elogiosos conceptos por su feliz iniciativa, calificándolo de apóstol de la paz por esta obra diplomática de saludable enlace internacional americanista.

No pueden dejarse en el silencio otras dos actividades más del señor Lira, de indudable beneficio para el país. Por su dominio cultural, enriqueció la legislación con la redacción del Código de la Minería, aprobado en 1932 y vigente aún. Reconociendo el Gobierno su modalidad para actuar siempre con sereno y elevado criterio, lo designó Embajador ad honores ante el Vaticano. El señor Lira conquistó, como era de preverlo, la estimación de la Santa Sede, y, por su influencia, se eliminaron ciertas dificultades que existían entre la Iglesia y el Estado en Chile.

Tan distinguida personalidad como la de don Alejandro Lira es la manifestación estimuladora de cómo el esfuerzo valeroso y bien guiado, pone en movimiento los ocultos tesoros del espíritu. Pero es justo agregar a esta condición de la voluntad de valorizar la personalidad, las ventajas de los buenos antecedentes hereditarios y la cuidadosa directiva del hogar. Y a ellas se dedican muy merecidas e ilustrativas páginas en «Memorias».

Esta obra, que juzgo de interés general, debería constituir de preferencia lectura predilecta de la juventud, pues es axioma reconocido que biografías de hombres esforzados y victoriosos, de noble y atrayente personalidad, despiertan la aspiración de imitarlos, ejercitando cualidades constructivas que enaltecen y favorecen más eficiente cooperación social. Y de «Memorias» se desprende esta voz alentadora de perfeccionarse en beneficio propio y nacional.—M. SALAS MARCHÁN.